

Homilía de acción de gracias a Dios por la beatificación del padre Rutilio, del padre Cosme, de Manuel y de Nelson

Mons. José Luis Escobar Alas
Arzobispo de San Salvador, El Salvador

Estamos reunidos en torno al altar para agradecer a Dios el don de la beatificación del padre Rutilio Grande, de sus dos compañeros laicos, don Manuel Solórzano y el joven Nelson Rutilio, que el día de su nacimiento al cielo, le acompañaban, aquel 12 de marzo de 1977; y de la beatificación de fray Cosme Spessotto, martirizado el 14 de junio de 1980.

Hace 45 años, el 14 de marzo de 1977, a las nueve de la mañana, esta misma catedral acogía los cuerpos de nuestros beatos. Presidía la misa Mons. Óscar Arnulfo Romero y concelebraban el nuncio apostólico, Mons. Luis Chávez González, Mons. Arturo Rivera Damas y más de 150 sacerdotes. La participación de los fieles era numerosa. En todos se expresaba el dolor, la consternación, la tristeza y la incomprensión por el vil asesinato.

Ahora, en cambio, nuestro espíritu se alegra en el Señor. Hacemos nuestras las palabras que Esdras y Nehemías dijeron al pueblo, tal como lo hemos escuchado en la primera lectura: este es un día consagrado al Señor, nuestro Dios. No estén ustedes tristes ni lloren. No estén tristes, porque celebrar al Señor es nuestra fuerza (Ne 8,9-10). Hoy hemos cantado al Señor, con el Salmista: Tú tienes palabras de vida eterna. Cielo y tierra pasarán, más lo que Dios habla es una palabra que se cumple (Ez 12,28). Ahora se cumple lo prometido por Jesús: “Bienaventurados cuando los injurien, los persigan y los calumnien de cualquier modo por causa mía [...] porque Dios les va a dar una gran recompensa” (Mt 5,11-12).

Hace solo unas horas, en Roma, en el rezo del Ángelus, el papa Francisco ha dicho:

Ayer, en San Salvador, fueron beatificados el sacerdote jesuita Rutilio Grande García, dos compañeros laicos, y el sacerdote franciscano Cosme Spessotto, mártires de la fe. Ellos estuvieron al lado de los pobres, testimoniando el evangelio, la verdad y la justicia hasta la efusión de la sangre. Su heroico ejemplo suscite en todos el deseo de ser valientes trabajadores de fraternidad y de paz.

Esa es la razón de nuestra acción de gracias a Dios, la beatificación de esos cuatro hermanos nuestros, mártires de la Iglesia.

Seguramente, en esta misa de acción de gracias, Monseñor Romero repetiría las mismas palabras del 1 de noviembre de 1977, nueve meses después del asesinato del P. Grande:

Bienaventurados del cielo estos tres muertos [...] mientras eran ametrallados, subieron al cielo. ¡Y están allá victoriosos! ¿Quién ha vencido? Como la Biblia, podemos preguntar [...] a nuestros mártires [...] ¿Dónde está, oh, muerte, tu victoria? La victoria es la de la fe. Han salido victoriosos los matados por la justicia (Ó. A. Romero, “Homilía en la Fiesta de todos los santos”, El Paisnal, 1 de noviembre de 1977).

El día de ayer, con la beatificación de nuestros mártires, hemos celebrado su triunfo definitivo, que hoy, en continuidad, agradecemos. Quiero manifestar tres aspectos sobre nuestros mártires.

En primer lugar, los mártires animan e inspiran la fe. Mons. Romero dijo del P. Rutilio Grande:

[Es la] fe que profesó en su bautismo y en su ordenación sacerdotal. Y aprendió en el catecismo, en el Seminario, en su vida religiosa: conocer a Cristo [y al conocerle, respondió:] Sí, Señor, creo en Ti, te sigo a Ti, mi doctrina es cristiana, mi liberación es la del evangelio, yo no quiero que confundan mi liberación con otras líneas meramente temporalistas. Quiero ser el cristiano que entregó una esperanza del verdadero progreso de esta sociedad, que no encontrará en la tierra un paraíso, pero que ya quiere reflejar en la tierra ese paraíso hacia el cual camina. Es un reino de Dios que ya se trabaja entre los hombres y que los hombres no quieren aceptar y que es necesario, aunque se muera mártir, predicarlo, anunciarlo (Ó. A. Romero, “Homilía, Primer aniversario de la muerte del P. Rutilio Grande y sus compañeros”, El Paisnal, 5 de marzo de 1978).

La liberación que el padre Rutilio enseñó es la misma que leemos ahora en el evangelio y que Jesús mismo leyó, en el volumen de Isaías, para anunciar que lo ahí escrito en Él tenía cumplimiento: “El Espíritu del Señor está sobre mí,

por él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19). El padre Grande imitó lo que Cristo hizo y lo que lo condujo a la muerte. Su beatificación nos recuerda que somos nosotros los encargados de continuar con la misión de llevar la buena nueva a los pobres, el anuncio de liberación a los cautivos, la curación a los ciegos y la libertad a los oprimidos, y la proclamación del año de gracia del Señor.

En segundo lugar, la beatificación de nuestros mártires nos recuerda que su muerte, su martirio, es signo de que otro mundo es posible. Es un grito de esperanza en Dios, de la posibilidad de construir un país distinto. La única condición para lograrlo, es vivir el evangelio y la misión de Jesús. Así lo decía el padre Rutilio a los fieles reunidos en torno suyo, en Apopa:

Como cuerpo eclesial, somos continuadores de la misión de Jesucristo. Este cuerpo que es la Iglesia, y que abarca comunidades enteras, tiene la misión, es decir, como tarea, anunciar y hacer posible un ambiente favorable al reino de Dios, aquí, en este mundo. Hay que encarnar los valores del reino en las realidades de nuestro país para transformarlo eficazmente, como la levadura transforma la masa (“Homilía en Apopa”, 13 de febrero de 1977, en S. Carranza, *Romero – Rutilio. Vidas encontradas*, p. 127, San Salvador, 1992).

Mons. Romero, consciente de la situación violenta, represiva y opresora del momento histórico que se vivía, enseñó al pueblo cómo leer el signo de la muerte martirial del padre Rutilio. Aquella fue una hora oscura, de la cual se podía huir o escabullirse. Pero Monseñor la leyó desde la esperanza y animó a tomar fuerza de ese testimonio martirial para cambiar un país que, desde los orígenes de 1524, ha estado marcado por la violencia.

En la muerte del padre Grande, la Iglesia está diciendo: sí hay solución. La solución es el amor, la solución es la fe, la solución es sentir la Iglesia no como enemiga, la Iglesia como el círculo donde Dios se quiere encontrar con los hombres. Comprendamos esta Iglesia, inspirémonos en este amor, vivamos esta fe, y les aseguro que hay solución para nuestros grandes problemas sociales (Ó. A. Romero, “Misa exequial del padre Rutilio Grande y sus compañeros”, San Salvador, 14 de marzo de 1977).

En estos momentos, sus palabras siguen siendo actuales. Nuestro país necesita cristianos comprometidos, que luchen por llevar el evangelio a todas partes, haciendo de nuestra Iglesia, una Iglesia en salida, en misión permanente, como lo fue la parroquia de Aguilares, en manos del padre Rutilio. Que la misión sea nuestro compromiso de ahora en adelante, para ayudar a este país a cambiar la

violencia por el amor, la paz, la fraternidad y la solidaridad; la impunidad, por la justicia, la verdad y la equidad, entre otros cambios que urgen para hacer de este país, un país más humano y cristiano. Que el miedo no paralice la misión.

Don Manuel Solórzano y el joven Nelson Rutilio son testimonio de esto. A don Manuel no lo detuvo su edad (72 años). Siempre acompañaba al padre Rutilio en sus idas y venidas, era su fiel guardián. Ese día, lo acompañó a la misa de la novena de san José, en El Paisnal. Y aún más, el padre Rodolfo Cardenal relata que, al momento del ataque, don Manuel estuvo dispuesto a dar la vida por el padre Rutilio. “La postura de los cuerpos indica que Manuel intentó proteger a Rutilio, pues su cuerpo estaba encima del de este” (R. Cardenal, *Vida, pasión y muerte del jesuita Rutilio Grande*, p. 514, San Salvador, 2016).

Nelson Rutilio, a pesar de su corta edad y de su epilepsia, en el catecismo era el primero en responder, repicaba las campanas para avisar que el sacerdote ya había llegado y siempre estaba dispuesto a ayudar en lo que fuera necesario (*ibid.*, pp. 510-511). El 12 de marzo de 1977, murió en compañía del padre Rutilio, pues como don Manuel, quería participar en la misa del segundo día de la novena de san José. Los dos nos dejan un gran testimonio, el cual debemos imitar, hacerlo nuestro. Debemos colocarnos en salida y, con fe en Dios, enfrentar los peligros que encontremos, en el cumplimiento de la misión.

En tercer lugar, nuestros mártires son signo de amor y de unidad. Son signo del amor verdadero que Cristo nos enseñó y que el padre Rutilio aprendió en la eucaristía, a la que amó entrañablemente y que pidió insistentemente a los fieles hacer vida.

La eucaristía es vida. Tan eucaristía es esto como la vida del cantón, como la vida en el trabajo, en la tarea del cañal, como la lucha por los derechos humanos allí en el caminar de la parroquia [...] Así, mis amigos, yo les digo que esto será el distintivo de aquellos que se vayan comprometiendo. Haber entendido la esencia de la eucaristía [...] Es decir, ese cambio profundo de morir a uno mismo y hacer salir lo nuevo que transforme a la humanidad (“Homilía, Tercer festival del maíz”, Aguilares, 15 de agosto de 1976, en S. Carranza, o. c., p. 117).

A imitación de Cristo, el padre Rutilio fue capaz de sacrificar su vida por amor a otros. Es de notar que murió con dos laicos, con quienes se dirigía a celebrar la eucaristía. Mons. Romero dijo, en la misa exequial de nuestros mártires:

Es significativo que mientras el padre Grande caminaba para su pueblo, a llevar el mensaje de la misa y de la salvación, allí fue donde cayó acribillado.

Un sacerdote con sus campesinos, camino a su pueblo, para identificarse con ellos, para vivir con ellos, no una inspiración revolucionaria, sino una inspiración de amor [...] Murió amando y sin duda que, cuando sintió los primeros impactos que le traían la muerte, pudo decir como Cristo también: “Perdónalos, Padre, no saben, no han comprendido mi mensaje de amor (Ó. A. Romero, “Misa exequial del padre Rutilio Grande y sus compañeros”, San Salvador, 14 de marzo de 1977).

Hermoso testimonio, al cual quiero agregar, en pocas palabras, el de fray Cosme. Él también profesó un amor profundo a la eucaristía, al grado que, en su lápida, se escribió: “Sacerdote que creyó en la eucaristía”. ¡Sí! Solo un sacerdote que cree profundamente en la eucaristía puede dejar a su familia, a sus amigos, a su país, para anunciar la buena nueva, en tierras lejanas. Fray Cosme así lo hizo. Se entregó de lleno a nuestros pueblos. ¡A cuántos niños catequizó, bautizó y les dio la eucaristía por primera vez! ¡Cuántas parejas unidas en santo matrimonio bajo la luz de sus ojos! ¡Cuánta preocupación y premura por construir la iglesia! ¡Cuánto amor por este pueblo! Y, como señal de ese amor eucarístico, que inundaba su corazón, murió. Fue asesinado después de celebrar la misa, mientras oraba de rodillas delante del Santísimo Sacramento. Su biógrafo escribe: “La sangre salía a chorros por la boca y la espalda, el P. Cosme yacía en un lago de sangre derramada a los pies del altar, en el lugar donde se celebra el memorial de la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, para la salvación de toda la humanidad (C. Bratti, *Breve biografía del padre Cosme Spessotto, O. F. M.*, p. 34).

Nos alegramos ahora del reconocimiento que nuestros cuatro hermanos han recibido. Han sido confirmados por nuestra madre Iglesia como mártires por odio a la fe; beatos cuyos carismas nos confirman que debemos ser los continuadores de la misión de Cristo aquí en la tierra. Mártires que nos recuerdan que el Señor tiene palabras de vida eterna, que sus mandamientos son luz para alumbrar el camino, que son verdaderos y enteramente justos (Sal 8,10). Nos recuerdan que el Espíritu del Señor está sobre nosotros para llevar, como Jesús, la buena nueva a los pobres, anunciando su liberación integral a los cautivos por el pecado, llevando la curación a los ciegos, y proclamando el año de gracia del Señor (Lc 4,18-19). Una gracia que concede el perdón, que permite la conversión, que pide la incorporación en las filas de los trabajadores de la viña y que congrega a los bautizados en el mismo Espíritu en un solo cuerpo (1 Cor 12,13). El cuerpo de Cristo está llamado a hacer de esta historia una historia de salvación. Así, un día, nos reuniremos con el Señor Jesús y con nuestros mártires en la eternidad.

Elevemos nuestra oración a Dios, suplicando, por la intercesión de la Reina de la Paz y de nuestros mártires, que nos conceda la gracia para construir una

sociedad más justa, donde brillen la verdad y la igualdad, una sociedad más humana, más fraterna y en paz, como era el deseo del padre Rutilio, de fray Cosme y de sus compañeros.

San Salvador, 23 de enero de 2022.